

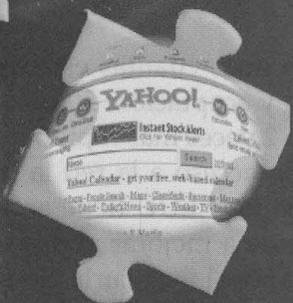
Jorge
Echavarría
Carvajal



La escuela,
entre
la traducción
la tradición

tránsito

search





El umbral del nuevo milenio, tan manido pero no por ello menos urgente y convocante, ha tenido efecto particularmente estimulante en la producción de bibliografía que teoriza sobre los retos inmediatos que la educación ha de emprender. Un sobrevuelo por tal producción, con vistazos simultáneos a planes de desarrollo del sector, informes técnicos, evaluación a proyectos en marcha, memorias de eventos y tesis de postgrado, además de agotador ejercicio, deja una sensación rutinaria: las soluciones propuestas oscilan indefectiblemente entre la dotación tecnológica como fórmula salvadora o parte muy importante de ésta, o un optimismo que lleva a predicar la pedagogización a ultranza, como si su versión escolarizada fuese tan exitosa que ciudades, normas de comportamiento vehicular, "tercera edad", conciencia ecológica, etc., merecieran ahora ser colonizadas por este imperio pedagógico.

Estas líneas pretenden hacer parte del alud, pero tratando de concentrarse en otras dimensiones que, confieso, no son soluciones tan contundentes y materializables como las tecnologías informáticas, ni tan optimistas como las ciudades educadoras, y a las que sin embargo considero necesarias como horizontes orientadores de múltiples decisiones, Además, tampoco son incompatibles con máquinas y optimismo...

I

Nada mejor que unas cuantas estadísticas para comenzar: El Internet sería el invento con mayor difusión y aceptación: 50 millones de usuarios en cinco años ; en América Latina, la Internet crece 2 veces más rápido que en cualquier otro lugar: 788% entre 1995 y 1997; 82% de la gente con acceso a la red la considera "indispensable"; más de la mitad de las escuelas públicas en los EEUU tiene acceso a Internet, pero solo el 13% de los profesores consideran que ayuda a mejorar el desempeño estudiantil; el presidente Clinton anunció en febrero de este año, al instalar la Conferencia sobre Tecnología, que cada hora se crean 65.000 nuevas páginas en la Red; los empleados de las compañías IBM, Apple y AT&T ocuparon colectivamente 2800 horas visitando cada mes la página de Penthouse... (Wired, 1998)

¿Una mera colección de datos triviales? No, definitivamente. Más bien, un mapa de tendencias, que, incluso sin la presencia de la Internet, ponen en jaque cualquier intento de racionalización en los flujos de información que circulan a diario en las disciplinas científicas. Fernando Vallejo (1997. pp. 72-80) nos ofrece una muestra contundente: "(...) Según fuentes bien informadas, el volumen de la información científica se está duplicando cada diez años, de suerte que como andaba a fines del siglo XIX va a acabar el XX multiplicado por mil (...) Según Bowker Ulrich, una base comercial de datos que enumera todas las publicaciones periódicas, al año se están publicando en el planeta 74.000 revistas científicas, la mayoría sobre biología y medicina (...) De las decenas de miles de revistas de medicina que hoy se publican, la National Library of Medicine da cuenta en artículos agrupados por temas, y sin embargo el tomo correspondiente a cada año parece el directorio telefónico de una megalópolis. Como el Index Medicus lleva saliendo 110 años, tenemos así varios metros de estantería ocupados por su simple enumeración de unos artículos. ¿Cuánto espacio ocuparían los artículos si eso ocupan sus títulos? Millones y millones y millones de páginas. No quiero ni imaginarlo (...) Sígale la pista por cuatro generaciones a las referencias de un artículo. Si un artículo tiene en promedio 20 referencias, que son sus padres, tendrá 400 abuelos, 160.000 bisabuelos, y 256 seguido de ocho ceros de tatarabuelos. Como a veces los padres son también los abuelos, y los abuelos los bisabuelos, y los bisabuelos los tatarabuelos, y todos pueden ser todo, la cifra por supuesto se reduce, pero no me he puesto a contar a ver en qué proporción(...)"

Cualquier docente en trance de actualizar bibliografía de su curso más allá de los pocos libros que cada año adquieren las bibliotecas universitarias, o de escribir un artículo o ponencia, realizar una consulta en la ya citada Internet o acompañar el proceso de investigación bibliográfica de una tesis, habrá reconocido la pesadilla del alud de información. Las respetables instituciones universitarias creen proporcionar soluciones: bibliotecas nuevas, dotadas de lectores de CD-ROM, interconectadas con otras bibliotecas y, por supuesto, con Internet. La ironía es obvia: se multiplican las ingentes cantidades de información pero las decisiones sobre la actualización de los púnses, el número y actualización de fuentes bibliográficas que deben citarse en un ensayo y en una monografía, los materiales que un docente puede leer e incorporar a las reflexiones que se traducen en clases, artículos, investigación, ponencias, etc., son todos factores que se dejan al azar, como si la selección natural operara en el terreno de la ciencia y su divulgación.

La ayuda inestimable del hilo de Ariadna, que brinde orientación en los laberintos informacionales; la creación de "filtros" que seleccionen lo relevante en un mundo académico signado por el "publica o perece" que lleva a la autocita y al "reencauche" de una misma investigación en varias publicaciones académicas, como señala el mismo Vallejo; mecanismos académicos de actualización curricular y de circulación e incorporación de información... : éstos serían algunos frentes que permitirían, en alguna medida, paliar la explosiva situación. Todos ellos, por supuesto, suponen un papel protagónico para las disciplinas que se ocupan del análisis de la información

y de su circulación una vez procesada, pero, también, replantea las funciones de las unidades académicas que velan por la actualización de pñsumes de formación, por las metodologías de trabajo, por la rutinas y valoraciones laborales de docencia, actualización e investigación. Estos índices y procedimientos distan muchísimo de aparecer en los criterios de autoevaluación y acreditación de programas e instituciones, acuñadas en performatividad atenta a números de egresados, de retención, consultas hechas a bibliotecas, etc.

Desde este ángulo de análisis, el rediseño de actitudes, destrezas y técnicas de manejo de información (no, por supuesto, cursos de Internet o de manejo de biblioteca...) se impondría como prioritario en los semestres iniciales, refinando el proceso a lo largo de la carrera con ejercicios específicos y cada vez más exigentes de búsqueda, selección, interpretación, análisis y confrontación de fuentes, incorporados a materias y actividades diseñadas ad hoc. Ello cubriría, por supuesto, tanto a estudiantes como a docentes, a través de los planes de desarrollo profesoral.

En suma, la exigencia aquí planteada para la escuela es la de convertirse en una agencia de conmutación, selección, traducción, y circulación de información, que más que simplemente conectarse y conectar a sus estamentos a la Red y a otros sistemas, recupere un papel activo frente a un universo lleno de posibilidades y, claro, de ruido y redundancias. Es a partir de aquí donde, más allá de escándalos menores, será posible cribar lo que hay de valioso en el despreocupado "surfear" en las innumerables páginas elec-

trónicas, evaluando la inscripción de las posibilidades que CD-ROM y nuevas tecnologías tienen efectivamente en el trabajo de docentes y estudiantes.

La institución escolar no compite con el momento de la comunicación: es en el proceso de transmisión donde encuentra su justificación, tal como ha señalado Régis Debray (1997): la comunicación se refiere al código, mientras la transmisión supone una alianza entre agentes materiales y actores personales; la comunicación se refiere a un transporte en el espacio; la transmisión alude a un transporte en el tiempo; la comunicación corresponde a un horizonte individualista, la transmisión está ligada a un proyecto colectivo donde "transmitimos para que lo que vivimos, creemos y pensamos no muera con nosotros (mas que conmigo)" (Debray, 1997. P. 18). Por ello, si la comunicación puede resolverse como un problema técnico esencialmente, donde importa la rapidez, la cantidad, etc., la transmisión supone una inscripción política: permite pasar de lo no organizado a un nosotros que es construido como cuerpo: "En síntesis, si las dos nociones no se pueden separar por completo in vivo, habrá que abstenerse de confundirlas, subordinando in vitro la más moderna a la más antigua, que no parece a la vez más integradora y más rigurosa. Un proceso de transmisión incluye necesariamente hechos de comunicación; lo inverso puede no producirse (...)" (Debray, 1997. P. 22)



II

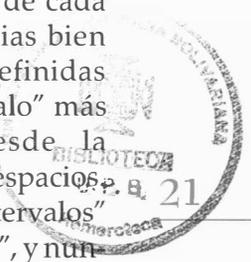
Refiriéndose al campo perceptivo, el teórico italiano Gillo Dorfles (1989) habla-

ba de la pérdida del intervalo como una condición que agobia a nuestras culturas contemporáneas: acontecimientos, momentos, emociones, etc., se apelmazan haciendo indistinguibles sus fronteras, sus tiempos. Esta condición tendría una evidente relación con la enorme e instantánea disponibilidad comunicacional, y con el debilitamiento de la instancia de transmisión, a la que se aludía arriba. Los fenómenos ligados a la apropiación intertextual e hipertextual que potencian los medios electrónicos y sus concomitantes estrategias lectoras (surfear, zapping, etc.), la velocidad como horizonte, la búsqueda de la excitación más que la del placer (Nietzsche), la contaminación del tiempo y el espacio en virtud de la telepresencia y el dominio electromagnético del territorio (Virilio, 1997), nos pondrían frente a este continuo.

La escuela moderna se plantea como un espacio preparatorio para el ejercicio democrático moderno, para la adquisición de las armas racionales, lugar de formación del ciudadano a través de saberes y de controles. Y en tanto que preparación, la escuela aparece como tiempo-espacio propio, marcado por la campana, el predio escolar, su arquitectura y el reglamento. La llegada de la vertiginosa pérdida de intervalo sume a la escuela moderna en una confusión en la que, sin saber qué hacer, pretende integrar todo el afuera en una desesperada apuesta que quiere captar la atención de sus estudiantes: incorporar a sus aulas tecnologías, crear emisoras juveniles en sus predios, decorar sus aulas de modo "divertido", pactar sus reglamentos liberalizando los códigos vestimentales, etc, el resultado es una competencia desigual, con resultados imprecisos, cuya evaluación siempre ocultará el que los

procesos académicos y de socialización pueden resultar no tan beneficiados como el hecho de que se gane un espacio político de negociación con los estudiantes para que permanezcan al menos en las aulas, las que nunca serán tan divertidas como MTV ni tan interactivas como la sala de juegos electrónicos del centro comercial.

Si los diferentes contextos vitales nada pueden hacer contra la pérdida de intervalo, la escuela sí debería asumir este reto, no ya, por supuesto, dentro de la actitud moderna, sino como espacio donde pueda recuperarse el momento que permite la diferenciación, la distancia, el delineamiento y la apropiación individualizada de cada producto, experiencia, acontecimiento. Y ello no tiene por qué no ser "divertido": las estéticas psicotrópicas de la fiesta mediática, los géneros televisivos y sus intercambios, el lenguaje del cómic o del graffiti, el cuerpo perforado o tatuado, los consumos, etc., pueden entrar perfectamente a ser problemas tan legítimos como la sexualidad, la democracia, el medio ambiente, la corrección política, los géneros, la ciudad educadora, etc. Ello requiere una redefinición clara de los llamados componentes humanistas en los pñsumes, del llamado currículo transversal y de las relaciones de "formación" que se tejen entre estos componentes y los de cada área científica. Unas experiencias bien diseñadas y atractivamente definidas ofrecerían un campo de "intervalo" más efectivo que el pensar desde la curricularización estricta estos espacios. Como es obvio, el recuperar "intervalos" supone una capacidad "políglota", y nunca la reducción moralizante o científicista sobre los diferentes momentos y productos abordados sin temor a abordajes esté-



ticos, anclados en cuerpos devinientes, mercuriales. Tal "poliglosia" defiende que cada quien elija, para que se inscriba de una forma rica y creativa en los diferentes espacios de una cultura cada vez más compleja.

III

Entender la cultura como una maquinaria armónicamente funcional, donde actores, procesos y horizontes coinciden plenamente, es un sueño que acariciaron largamente las utopías. Luego, irrumpieron para instalarse y no partir ya más las distopías, que moderaron o definitivamente sacaron de circulación los sueños utópicos: recuérdese, a modo de ilustración obvia, el efecto devastador de Orwell y su "1984" o Huxley desde "Un mundo feliz", tuvieron sobre las utopías sociales o tecnofílicas.

La educación ha sido un terreno abonado para la escenificación glorificadora y acrítica de una cultura homogénea. Pero, por fuera de sus muros, la cultura de debate como "polemos", copresencia de multiciplidades que no aspiran a una armonización última en nombre, y como efecto taumatúrgico, de la discusión racional. La razón misma, politeísta, entra en la polémica cultural y comparte honores con proyectos estéticos, con ethos que señalan hacia nortes variopintos, con emociones y sentimientos. El cosmos, orden en su acepción primera, se entrevera de presencias caotizantes, que no pretenden, ni mucho menos, imponer sus órdenes locales, sino sólo convivir, frontera con frontera, con los otros órdenes de alcance igualmente limitado. Este estado de la cultura, como mosaico polémico y coexistente, ha sido interpretado y diagnosticado desde hace ya un buen

tramo : desde las primeras advertencias nietszcheanas, pasando luego por Heidegger o, más recientemente, el mundo neomedieval de Umberto Eco o las lecturas posmodernas reivindicadoras de las diferencias.

¿Qué papel le queda a la escuela?: Uno de enorme importancia, el hacer experimentar el choque cultural. En lugar de negarlo o relegarlo al resto del mundo por fuera de los muros y barreras que separan los colegios y campus universitarios de las ciudades (sin éxito, por fortuna), debe ser experiencia donde la polémica se introduce como dimensión que realmente pone en escena las otredades, que altere (del alter, el otro) poniendo en evidencia no tanto una tolerancia que se niega a ver realmente al otro en cuanto tal y siempre trata de identificarlo para tolerarlo (aislándolo, señalándolo, pero permitiéndole vivir en el margen). La experiencia de la polémica y la alteridad radical supone que sean la traducción, la interpretación y la comprensión, las estrategias que se desplieguen, permitiendo constatar la intraductibilidad literal, lo que pone y lo que quita la operación de traducción cultural, el despliegue interpretativo y precario de cada operación traductivo-interpretativa, pero, al tiempo, el horizonte de la comprensión como un escenario dinámico que se corrige, se negocia, se precisa, etc. Interpretaciones únicas, dogmas, lecturas correctas e incorrectas son revisadas y confrontadas con estas estrategias que nos regala Hermes, el mediador, tal como propone el extenso y poético trabajo de Michel Serres. Hermes abre caminos nuevos acerca de lo propio y lo extraño, lo heterogéneo conserva su carácter sin ser asimilado; divinidad de las fronteras, de

los goznes, mantiene abierta la cultura, que permanece viva por su mutación constante. Así, la escuela como núcleo dinámico y dinamizador, donde se encuentran tradiciones y memorias, innovaciones y sueños, conformando el collage, esa otra innovación de la estética de las vanguardias de la primera mitad de este siglo, donde incluso los elementos que se colocan en conjunciones inesperadas, siguen siendo lo que son y al tiempo también otros, por mutua modificación que experimentan y hacen experimentar a los otros. En fin, de nuevo surge el horizonte de un proyecto político inscrito en la cultura por la acción de la escuela redefinida y renovada. A una cultura entendida como proceso de un ensamblaje transterritorial, donde la identidad ligada a un territorio autóctono se quiebra, le corresponde una escuela que sirva como umbral de encuentros, desencuentros y conmutaciones entre circuitos diversos.

IV

Escuela filtro e hilo orientador, escuela que transmite más que comunica, escuela intervalo, escuela políglota, escuela como choque cultural: papeles que no son ajenos completamente a lo que la institución escolar ha sido, pero que, asumidos en sus nuevas dimensiones, suponen un despliegue hasta ahora inédito de procesos, actores, roles, compromisos y metas.

Convocar voluntades más allá de planes, legislaciones y coyunturas, en torno a unos perfiles que, como los propuestos, permitan el tránsito de un milenio a otro, no sólo en el mero carácter fetichista del cambio de calendario, sino, por supuesto, en la posibilidad de utilizar como umbral simbólico una oportunidad que sólo tenemos cada mil años. ¿O esperamos al milenio que comienza en 3001?

BIBLIOGRAFÍA

- WIRED May and July 1998 (6.05-6.07)
- VIRILIO, Paul. La velocidad de la liberación, Ensayo. Buenos Aires: Manantial, 1997
- DEBRAY, Régis. Transmitir. Buenos Aires: Manantial, 1997
- DORFLES, Gillo. Elogio de la inarmonía. Barcelona: Lumen, 1989.
- VALLEJO, Fernando. "El bosque visto a vuelo de pájaro" en El Malpensante (7) Noviembre-Diciembre 1997 (pp. 72-80)
- SERRES, Michel. La comunicación. Hermes I. Barcelona: Anthropos, 1996
- BALANDIER, George. Antropo-lógicas. Barcelona: Península, 1975.
- VATTIMO, Gianni. Introducción a Nietzsche. Barcelona: Península, 1995
- CURRAN, J., Morley, D. y Walkerdine, V. (comp.) Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumos cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo. Barcelona: Paidós, 1998.
- PARRA, Rodrigo. La escuela vacía. Bogotá: Fes-CEP-Tercer Mundo, 1997